

LA ÉTICA DEL CUIDADO DE SÍ. UNA MIRADA DESDE EL MUNDO GRIEGO A LA POSTMODERNIDAD.

- LILIANA LIBREROS¹
- LUZMILA FUENTES²
- DANIELA PADRÓN³

1 Dra. Ciencias Sociales Mención Salud y Sociedad, Docentes titulares del Departamento de Salud Pública. Escuela de Salud Pública y Desarrollo Social. Universidad de Carabobo. Valencia, Venezuela. lilianalibreros01@gmail.com

2 Dra. Ciencias Médicas.. Línea de Investigación: Calidad de vida Docentes titulares del Departamento de Salud Pública. Escuela de Salud Pública y Desarrollo Social. Universidad de Carabobo. Valencia, Venezuela.

3 Dra. Ciencias Sociales Mención Salud y Sociedad, Docentes titulares del Departamento de Salud Pública. Escuela de Salud Pública y Desarrollo Social. Universidad de Carabobo. Valencia, Venezuela.

Resumen:

El presente artículo tiene como propósito aproximarnos brevemente a interpretar las diferentes cosmovisiones de la ética del cuidado de sí que han configurado los valores, principios y actividades cotidianas del hombre en su devenir histórico para la búsqueda de la felicidad. Iniciando la mirada desde la concepción de la cultura grecorromana que concebía el cuidado de sí de manera integral mediante la construcción de una ética propia. Desde esta perspectiva se propone el "cultivo de sí" es decir, el cuidado de sí mismo, del otro y del ambiente a través de la auto transformación y auto corrección cotidiana del sujeto.

Se comenta también la ruptura de esta mirada de la ética del cuidado de sí desde la cultura grecorromana por la ideología cristiana fundamentada en el pensamiento Aristotélico y la racionalidad tecno científica basada en el pensamiento de Descartes entre otros, desarrollada en la modernidad y la posmodernidad.

Se argumenta, además la importancia de propiciar espacios de reflexión para la re conceptualización de la ética del cuidado de sí que propicie formas y estilos de vida desde concepciones mas integrales e integradoras que le den mas valor y sentido a la vida individual y colectiva.

Palabras clave: Cuidado, Cuidado de sí, Ética, Valores.

Abstract:

This article aims to briefly approach to interpret the different worldviews of ethics of care that have set the values, principles and daily activities of man in its historical development for the pursuit of happiness. Starting the look from the conception of the culture Greco-Roman that conceived the care of itself of way comprehensive through the construction of an ethics own. This perspective proposes the "crop of" i.e. the care itself, the other and the environment through the auto processing and auto-daily correction of the subject.

Also comments on the rupture of this view of the ethics of care of the self from the Greco-Roman culture by Christian ideology based on Aristotelian thought and techno scientific rationality based on the thought of Descartes and others, developed in modernity and post-modernity.

Is argues, also the importance of lead spaces of reflection for the re conceptualization of the ethics of the care of it conducive to forms and styles of life from conceptions more integral e inclusive that you den more value and sense to it life individual and collective.

Keywords: Care, Care itself, Ethics, Values.

Introducción:

Ética del cuidado de sí. Trayectoria de las cosmovisiones

El estudio de la ética tiene sus orígenes en la antigua filosofía Griega, que proyectó desligarse del pensamiento mítico o religioso y pasar al pensamiento racional. Uno de sus mentores, Aristóteles en su ética de las virtudes consideraba que toda acción humana persigue un fin y este fin que se busca es la felicidad, entendida esta, no como la obtención de bienes materiales, placeres o reconocimiento social, sino como la realización de todas las potencialidades naturales del hombre.

Para Aristóteles, es en la repetición de las acciones moderadas o en su justo medio que el hombre genera la virtud y en las malas decisiones que forja los vicios. Ambos, virtudes y vicios, son formas habituales del comportamiento humano, el cual no es universal porque no es igual para todos los hombres, sino que se forma mediante las experiencias personales y las condiciones en las que se desarrolla nuestra existencia.

El punto medular de esta ética filosófica aristotélica, es la conjunción de *éthos* (costumbre) y *lógos* (racionalismo) que conforman a la persona virtuosa para la búsqueda de la felicidad. En este sentido, la ética aristotélica apuesta a la noción “*epimeleia eautou*” o inquietud de sí mismo.

Según las investigaciones de Foucault, este precepto filosófico aparece en la época antigua por primera vez alrededor de la figura de Sócrates, “Jenofonte lo atestigua en el escrito “*Recuerdos de Sócrates y Platón en el texto “Apología de Sócrates”*. Foucault (2002:19).

En estos textos se presenta a Sócrates como el filósofo que fundamentalmente asume como misión útil y desinteresada el de recordar a los jóvenes y viejos de inquietarse y ocuparse de sí mismos a lo largo de la vida, a cuidar de sí mismos y no ignorarse, cometido que se manifiesta cuando interpelaba a sus discípulos diciendo: “Ustedes se ocupan de un montón de cosas, de su fortuna, de su reputación, pero no de ustedes mismos, de su alma, la verdad y la razón”. Foucault (2002: 21).

Con estos enunciados, Sócrates destaca que el ocuparse de sí mismo, es un principio de toda conducta racional y moral. Se debe buscar la reciprocidad entre el cuerpo y el alma y señala que la práctica del régimen produce buenos efectos en el pensamiento; ya que un cuerpo con mala salud tiene como consecuencia el desvarío, el desaliento, el mal humor y la locura. En este sentido, este precepto «ocuparse de uno mismo», «preocuparse por sí»; es para la cultura griega uno de los principales principios de las ciudades, una de las reglas más importantes para la conducta social y personal y para el arte de la vida.

Teniendo en cuenta que la noción socrática del “cuidado de sí”, llega a ser un tema común en varios sistemas filosóficos Helenísticos. Es importante señalar como los epicúreos, los cínicos y los estoicos reconocen esta noción. Los epicúreos reflexionan sobre la importancia que cada hombre se ocupe día y noche y a lo largo de toda su vida de su propia alma, para dominar el miedo a la muerte, a los dioses y a la vida futura. Desarrollar virtudes como la justicia, la honestidad y la prudencia. Consideraban como fin de la existencia buscar siempre el equilibrio entre el placer y el sufrimiento.

Para los cínicos, era fundamental volver la mirada hacia las cosas inmediatas que nos conciernen personalmente y hacia una serie de reglas mediante las cuales podemos conducirnos y controlar lo que hacemos. Mientras que para los estoicos, era fundamental poner énfasis en la ética de las cuatro virtudes cardinales de su filosofía: la sabiduría, el valor, la justicia y la templanza.

Todos estos principios de la cultura griega sobre el “cuidado de sí mismo”, no solo se configuran como condición de acceso a la vida filosófica, sino que llegan a ser de manera general, el principio de toda conducta o forma de vida que pretende acatar el criterio de la lógica moral. Es decir, que la noción de “inquietud de sí” o “cuidado de sí mismo” describe el modo de la subjetivación antigua en el cual se desarrollan técnicas, procedimientos y fines históricos con los que un sujeto ético se constituye en una relación determinada consigo mismo, con los otros y con la sociedad.

Tal reflexión sobre la problematización de la subjetividad, entendida como la ética de sí, consiste en la revisión de las relaciones entre teoría y práctica que permite que los saberes y las verdades afecten en profundidad el modo en que se piensa y actúa. Este proceso de transfiguración del sujeto en su manera de ser, de pensar de otro modo, le permite actuar en el mundo accediendo a la libertad y a la felicidad. En tal sentido, Foucault nos comenta:

Cuidar de sí, no es inclinarse sobre si mismo para conocerse ni abandonarse a una introspección fascinada e hipocondriaca, no es hacer de sí mismo un objeto de saber. Cuidar de sí es constituirse como sujeto de acción, capaz de responder con rectitud y firmeza ante los sucesos del mundo. Cuidar de sí, no es desentenderse de los otros para ocuparse exclusivamente de sí; es dar una forma definida a la acción que uno emprende, al cometido que uno acepta, al rol social que uno cree desempeñar. Foucault, citado por Gros y Lévy, (2004: 8,9).

Este precepto “epimeleia eautou” o inquietud de sí mismo, que se interpreta como una manera de ser, o como prácticas de la subjetividad que tienden a asegurar el ejercicio continuo de la libertad y la felicidad, fue traducido por los latinos como “cura sui”, o cuidado de sí, influyendo en la cultura grecorromana desde el siglo V a.C. hasta los siglos IV y V d.C.

En otras palabras, la ética del cuidado de sí se vislumbra como la capacidad de reflexionar sobre las acciones, de tomar iniciativa o de introducir cambios en las acciones emprendidas. La ética del cuidado de sí, desde esta perspectiva grecorromana denota reciprocidad en el sentido que el sí involucra al otro, la responsabilidad con el otro, la condición de no dominación sobre el otro en las relaciones interpersonales.

El sí del cuidado, a la inversa denota el reconocimiento del otro, la correspondencia de amistad, compasión y de gratitud en la aspiración a la felicidad o a la vida buena en reciprocidad con el otro. En palabras de Ricoeur (2002:243,244), “Decir sí no es decir yo, el sí del cuidado no se confunde de ninguna manera con el yo, es decir con una posición egológica”.

Dicho de otro modo, es mediante la reflexión racional de la conducta cotidiana que se construye la ética del cuidado de sí para aspirar a la vida buena o felicidad, basada en principios morales que valoricen fundamentalmente la virtud, la sabiduría, la prudencia, la justicia y la responsabilidad con uno mismo y con los otros. En términos de Foucault (1999:396) “El cuidado de sí, desde el pensamiento grecorromano ha sido, el modo en que la libertad individual o la libertad cívica, hasta cierto punto, se ha reflexionado como ética”.

Es desde esta perspectiva grecorromana que el cuidar de sí era considerado un modo de vida, una forma de constituirse como sujeto de acción desde una perspectiva integral que implicaba el cuidado del saber, el cuidado del cuerpo y el cuidado del espíritu en armonía con la naturaleza para lograr la felicidad, la independencia y la libertad.

Practicar la libertad o la no-esclavitud en la cultura grecorromana, era cuidar de sí, conocerse, formarse, dominar los apetitos, ejercer el poder sobre si mismo, lo cual regula el poder sobre los otros. Cuidar de sí, se consideraba una práctica de auto- transformación del sujeto, de aspirar o acceder a cierto modo de vida o cierto modo de ser, de vivir bien, con y para el otro, lo cual no se circunscribe solo a las relaciones interpersonales sino que se ramifica a las organizaciones o instituciones de convivencia de la sociedad histórica.

Estas prácticas y experiencias para la transformación incluían las purificaciones, la meditación, las ascesis, las renunciaciones, las conversiones de la mirada, las modificaciones de la existencia que constituyen para el ser mismo del sujeto las condiciones y los límites para tener acceso a la verdad. La verdad, comprendida como lo que ilumina al sujeto, lo que le da bienaventuranza o lo que le da la tranquilidad del alma. Estas prácticas de sí o tecnologías del yo, “se imponen contra un fondo de errores, de malos hábitos, de deformaciones y dependencia, establecidas y arraigadas, que es preciso sacudir; “corrección/liberación, mucho más que formación/saber”. Foucault (2002:104).

“Las prácticas de sí concebidas en la época grecorromana fueron hasta cierto punto bloqueadas por instituciones religiosas, pedagógicas o de tipo médico y psiquiátrico” Foucault (2002:104). El ocuparse de sí, comenzó a ser denunciado como una forma de egoísmo o en un sentido paradójico como renuncia para lograr la salvación, como en el cristianismo.

Así en la época medieval, con la hegemonía de la doctrina cristiana se desarrolla la ética de Santo Tomas de Aquino que continua la línea Aristotélica adaptada a los postulados cristianos, al considerar también que el fin del hombre es la felicidad, la cual se logra es en la posesión de Dios, como Bien infinito y es, mediante la esperanza y la fe que el hombre puede alcanzar la felicidad después de la vida terrenal o felicidad futura.

Según, la moral cristiana el hombre al obrar virtuosamente está obrando de acuerdo con la Ley Eterna, con la Ley Natural, está obrando de acuerdo con lo que constituye la felicidad perfecta del hombre, es decir con Dios mismo. La ética cristiana al considerar que la moral no es una creación de la mente humana sino una ley natural que fluye de la naturaleza del creador, tiende a regular la conducta del hombre mediante la obediencia a Dios e introduce la esperanza de la salvación más allá de esta vida, induciendo el desprecio del cuerpo como emblema del pecado y la exaltación al alma como símbolo de salvación.

De modo que la ética cristiana provoca la renuncia del sujeto a la voluntad de sí mismo para la construcción de una ética propia y de una actitud activa hacia la búsqueda de la felicidad. Esta renuncia del sujeto a sí mismo le permite acceder a una forma de tránsito de la mortalidad a la inmortalidad, del reino terrenal al celestial, del reino del demonio al reino de Dios. Lo cual no implica una transformación ni en su ser, ni en su modo de ser, ni en sus hábitos, ni en su ethos.

Por tanto, el bienestar, la salud, la felicidad, es decir todo lo perteneciente al hombre es designio de Dios. La salud, considerada como premio del buen comportamiento y la enfermedad como castigo divino. Los cuidados estaban relacionados con las oraciones, los milagros de santos, los exorcismos y el empleo de las plantas por parte de los religiosos que se consideraban intermediarios ante Dios para la salvación de los pecadores.

En consecuencia, se produce una ruptura de la concepción Grecorromana que proclama la construcción de una ética propia de interés individual y social para la búsqueda de la felicidad frente al cristianismo que se enfoca en la renuncia o desprestigio de las cosas de este mundo, por el interés de conducirnos hacia la promesa de la felicidad en otro mundo celestial, si actuamos bajo los designios de Dios. “A lo largo del sermón, Jesús reitera la recompensa celestial ofrecida como incentivo y la obediencia a los mandatos de Dios para evitar la condenación” Singer (2001:216,222). Enfoque que ha dominado por tanto tiempo el pensamiento occidental.

En este panorama, se podría inferir que la ética cristiana establece primero una dualidad entre este mundo y el otro mundo celestial y segundo, forja una moral ligada al interés personal mediante la justificación de conducirse moralmente para la recompensa de la dicha celestial y la vida eterna.

En la modernidad, época que se identifica con las proposiciones de Descartes en relación a la separación de la razón y la fe, suscitando el reconocimiento de la racionalidad como única fuente del conocimiento del hombre y desplazando la religión por la ciencia como nuevo poder central del pensamiento humano. Aunado a estas características en el ámbito filosófico y científico, en el aspecto social y político se identifica la creación y desarrollo de la burguesía como nueva clase social, y el capitalismo como nuevo sistema económico dominante en sustitución del feudalismo.

Estas características socioeconómicas y políticas generaron diferentes principios éticos siendo la ética Kantiana una importante expresión de este nuevo pensamiento moderno. Para Kant, el fundamento de la moral es el cumplimiento de la ley por respeto a la ley, y no por conveniencia o interés sino por el deber determinado o derivado de la razón práctica. Asumiendo el deber como un imperativo categórico, es decir, como una norma universal, válida para todo el mundo.

Desde esta perspectiva Kantiana los fundamentos de la acción moral son la autonomía de la voluntad del hombre, es decir obrar por respeto a la ley moral y la universalidad de los principios morales. Principios que revelan de manera estimable la ética de la modernidad: como la importancia dada a la razón y a la autonomía de la conciencia, forjando el antropocentrismo que redundó en un sujeto moral que realiza su historia mediante la inteligencia y la voluntad libre a favor de sí mismo que satisface sus posibilidades de supervivencia a través de la explotación y dominación de la naturaleza, bajo la premisa de su yo autónomo, en solitario, con poder para decidir sobre él y la naturaleza.

Esta razón ilustrada de la modernidad “herida de unilateralidad y de subjetividad represora” Orcajo (1993:99), impone mediante el método positivista-empirista el desarrollo de un tipo de ética individualista, utilitarista y hedonista donde se considera lo productivo, lo funcional, lo lucrativo, lo útil y lo placentero como bueno y lo improductivo, lo austero y lo no lucrativo como malo.

Es desde esta ética del saber-hacer, que el cuidado de sí, se conceptualiza de manera mecanicista-utilitarista, instaurando el auge de los saberes que se especializan y sub especializan fragmentando la visión del cuerpo y centrando las prácticas del cuidado en evitar la enfermedad más que en la búsqueda de la felicidad y la armonía consigo mismo, con el otro y con el ambiente.

Es en esta época moderna que se promueve la aspiración del bienestar material y económico mediante el desarrollo tecno-científico que crea necesidades de consumo y competitividad, que a su vez reduce las relaciones humanas a interacciones funcionales y prácticas y provoca deterioro ecológico por el afán de explotar y dominar la naturaleza.

Como lo señala Galindo (1999:16), “hay que crear un imaginario colectivo de calidad de vida en forma directamente proporcional al consumo ilimitado de bienes y servicios”. Es así, como esta ética positivista prepondera el valor del mercado y desplaza a un segundo plano el cuidado de sí, es decir, lo estético y espiritual de la existencia del hombre consigo mismo, con el otro y con la naturaleza.

En la época actual, persiste aún la herencia moderna de la razón instrumental y subjetiva pero se concibe una crítica de sus principios, motivo que ha permitido usar el término de post-modernidad, entendida como un proceso de de-construcción de sus fundamentos.

Esta condición humana determinada, en términos de Lyotard (1979) “no es lo contrario de lo moderno, sino su rebasamiento” Vásquez (2011:285); que deviene en cierta forma en libertad de la racionalidad totalizadora y de los metarrelatos, los cuales siendo absolutos descartaban toda pluralidad y diversidad de ideales o discursos. Es en estas circunstancias que se provoca la legitimidad de los discursos periféricos y locales llamados microrrelatos, siendo lo primordial la interpretación de los hechos y no la certeza de los mismos.

Este contexto postmoderno “va unido de forma inherente al capitalismo de consumo”. Galindo (2001:372). Se acepta que la razón está afectada por los deseos, los prejuicios, y los modelos culturales. Al igual se admite la heterogeneidad, lo fluido, las estructuras móviles, la pluralidad, la descentración, la discontinuidad y la cultura de lo inmediato y de lo efímero. De modo que la influencia de los medios masivos de la comunicación impone la influencia permanente de las imágenes.

En este sentido, el pensamiento postmoderno forja una ética basada en los principios del capitalismo, en la intencionalidad de los actos, en el relativismo moral que considera que no hay bien o mal absolutos sino que están en relación con las circunstancias específicas.

Por otra parte, se fomenta el individualismo basado en el progreso individual, el bienestar hedonista, la complacencia de los deseos inmediatos, la competitividad, el escepticismo, el status social, la valorización del cuerpo perfecto y de la juventud, del consumo y de las realidades virtuales. “Estamos respirando una ética hedonista, jalonada principalmente por los medios masivos de comunicación social y por la publicidad, que conduce a la angustia existencial por carencia de mensajes axiológicos de sentido” Galindo (1999:16).

En esta condición postmoderna con fuerte dominio de los medios masivos de comunicación, la imagen y el espectáculo que ello genera, ha permeado la conciencia individual y colectiva para desvanecer la diferencia entre lo real y lo imaginario, con la intención entre otras de crear estereotipos de consumo.

De esta lógica social individualista, se forja el narcisismo como una de las vertientes de la seducción, como un proceso que se da cuando hay un desvío de nuestras proyecciones de sentido, dejándonos atrapar por otras nuevas que distorsionan enfáticamente los hechos. Este proceso de seducción consagrado a los placeres se produce en el orden de los signos, las apariencias y las imágenes. Recordamos las palabras del sociólogo y filósofo Baudrillard, citado por Vargas (2012:79)

Las ocurrencias del mundo real ya no pueden ser objetivas; nacen socavadas en su verdad y consistencia ontológica por ese virus disolvente que es su proyección en las imágenes manipuladas y falsificadas de la realidad virtual, las únicas admisibles y comprensibles para una humanidad domesticada por la fantasía mediática dentro de la cual nacemos, vivimos y morimos. Además de abolir la historia, las “noticias” televisivas aniquilan también el tiempo, pues matan toda perspectiva crítica sobre lo que ocurre...Lo existente que ha desembocado, pura y simplemente, en su evaporación y reemplazo por la verdad de la ficción mediática, la sola realidad real de nuestra era, la era “de los simulacros.

En tal sentido, el imaginario del cuidado de sí se ha desplazado al ámbito privado, a la lógica individualista y consumista, favorecida por la seducción de las imágenes ofrecidas por los medios masivos de comunicación que promueven el culto por la apariencia, por el simulacro, por el embellecimiento de la realidad, al vender la posibilidad de moldear el propio cuerpo para aproximarse a un modelo de belleza y de salud establecido globalmente.

Este triunfo de la publicidad que ha proliferado la expansión de spas, centros de estética, centros dietéticos, entre otros, que proyectan el logro del cuerpo idealizado, pleno de belleza, perfección y juventud, trae consecuencias como la banalización de la cultura, la difusión de la superficialidad, la búsqueda de prácticas fáciles y placenteras para el cuidado del cuerpo y de la salud.

Como bien lo señala Anders citado por Bauman (2011:86), “Los cuerpos “en crudo” y sin adornos, no reformados ni intervenidos, son vergonzantes, ofensivos a la vista....El cuerpo desnudo, en la actualidad no refiere, “al cuerpo sin ropa, sino al cuerpo que no ha sido trabajado”, o suficientemente “reificado”.

En pocas palabras, el abandono de la ética del cuidado de sí, desde la concepción integral e integradora para la búsqueda del desarrollo humano individual y colectivo mediante la reflexión y autocorrección de nuestros deseos y necesidades, permite pensar que hemos transitado de la analogía de la ética del cuidado desde la concepción fragmentada de la vida y la mirada del cuerpo- máquina para hacerlo fuerte y útil para la producción, a la ética del cuidado desde la concepción materialista y consumista de la existencia humana y la visión del cuerpo como objeto reinventado como bello y estético para venderlo como producto, para el éxito laboral y social, estigmatizando al individuo que no cumpla estos cánones impuestos por la sociedad de consumo.

Conclusión:

La ética del cuidado de sí es una noción que históricamente ha sido abordada desde diversas cosmovisiones de las cuales es importante rescatar elementos de cada una de ellas para construir una visión integral coherente a nuestra manera de ver el mundo en el contexto en que habitamos.

La ética del cuidado de sí entendida como proceso de deliberación, de análisis crítico sobre las conductas que orientan nuestra vida, y como práctica de libertad que facilita rechazar imposiciones del entorno y fortalecer la autorregulación, la autonomía y el gestionar para sí mismo, con el propósito de enfrentar las vicisitudes de la vida. En tal sentido, la ética del cuidado de sí como proceso de reflexión posibilita lograr la sabiduría de vivir, la felicidad, donde cada uno tenga la posibilidad de cambiar por sí mismo y contribuya a lograr una mejor sociedad.

De esta forma, la ética del cuidado de sí pasa por un replanteamiento de los valores que poseemos y que orientan nuestra vida. En el proceso de auto transformación y auto corrección es imperativo no olvidar la lealtad a nosotros mismos, a lo que somos, a no sucumbir por el deseo insustancial de sentirse reconocidos y admirados en la sociedad que nos tocado vivir.

La ética del cuidado de sí traducida como libertad implica reconocer y respetar la libertad del otro, reconocer la pluralidad, la diversidad, las diferencias. No libertad subordinada a la moda, a la lógica del instante, a la imagen. Implica autorregularnos, reconocernos, valorarnos, así como elegir ser leales a lo que somos y coherentes con nuestro sentido de la vida.

Vale rescatar del pensamiento griego principios éticos de la estética corporal concebida como armonía de las partes con el todo, muy distante como se imagina en la actualidad motivada por un interés individual, al cosificar el cuerpo como un “objeto” que se puede transformar para satisfacer estereotipos sociales centrados generalmente en un punto de vista frívolo, superficial, no por razones de salud, o por una necesidad sentida para lograr bienestar sino por presiones sociales. Es una ética del cuidado de sí basada en lo físico desconectado de las demás dimensiones de la vida humana que no acepta lo natural, ni asume el paso del tiempo como parte del ciclo vital.

Desde nuestro punto de vista esta argumentación reconoce la relevancia de retomar como parte de la formación básica de todas las personas la ética del cuidado de sí integral e integradora que pueda generar una nueva visión cultural de la vida humana que implica una autoconstrucción y autocorrección de las acciones para el cultivo de sí que le dé sentido y valor a la vida. Sin desconocer también las implicaciones de las otras dimensiones socioeconómicas, políticas y ambientales que posibilitan las formas y estilos de vida de las personas para su desarrollo individual y colectivo.

Bibliografía:

- Bauman, Z. (2011). Vida de consumo. Trad. Mirta Rosenberg y Jaime Arrambide. Fondo de Cultura Económica. México.
- Foucault, M. (1999). Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales Volumen III. Trad. Ángel Gabilondo. Paidós Ibérica, S.A. Barcelona.
- Foucault, M. (2002). Hermenéutica del Sujeto. Curso en el Collège de France (1981.1982). Trad. De Horacio Pons. Fondo de Cultura Económica. México, D.F.
- Galindo, G. (1999). La Bioética en la sociedad del conocimiento. 3R Editores Ltda. Bogotá, Colombia
- Galindo, G. (2001). El horizonte bioético de las ciencias. 5° ed. 3R Editores Ltda. Bogotá, Colombia.
- Gros F.; Y Lévy C. (2004). Foucault y la Filosofía Antigua. Trad. Elena Marengo. 1° ed. Nueva Visión SAIC. Buenos Aires, Argentina.
- Orcajo, A. (1993). Alienación y Enfermedad. En una perspectiva filosófica. En: Rojas, C. (editor). Filosofía en la medicina. (p.85-107). Ediciones del Rectorado, Universidad de Carabobo. Venezuela.
- Ricoeur, P. (2002). Ética y Moral. En: Gómez, C. (ed.). Doce textos fundamentales de la Ética del siglo XX. (241-255). Alianza, Editorial, S.A. Madrid.
- Singer, P. (2001). Ética para vivir mejor. Trad. José Antonio de Prada. 6 ed. Ariel, S.A. Barcelona.
- Vargas, M. (2012). La civilización del espectáculo. Santillana Ediciones, S.L. Madrid.
- Vásquez, A. (2011). La posmodernidad. Nuevo régimen de verdad, violencia metafísica y fin de los metarrelatos. En revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas. España. 29 (1), 285-300.